

—¡Justamente!

—No lo comprendo.

—Yo mismo apenas lo comprendo. Hará diez días que estando en Leon, un hombre de estas montañas con una insistencia inconcebible llegó á mí, y me rogó que entregase á Samuel unos pergaminos llenos de rayas y figuras extrañas. Samuel pasó toda una noche en leerlos y releerlos, y no me dijo nada. Al día siguiente volvió el montañés, y viendo yo sus pergaminos sobre la mesa, se los devolví, y le arrojé de mi presencia, creyendo libertar así al ministro de un mendigo importuno ó de un loco. Al saberlo Samuel se enfureció: infeliz, me dijo, de esos pergaminos dependía tal vez mi salvación, la tuya, nuestra fortuna en fin.... —¿Dónde está ese hombre?—No lo sé.—¿De dónde viene?—En su lenguaje, en su miserable vestido creo que sea un habitante de las montañas de Asturias.—Corre ligero, me dijo, y hallame a ese hombre. He ahí mil ducados, dáselos por ese libro, prométele tres tantos mas si es preciso.—Marchéme, pues, aquel mismo día, y heme aquí.

—¿Con los mil escudos? preguntó Fortuño, levantándose vivamente.

—¡Ay! Fortuño, el hombre es débil.

—¿A quién se lo cuentas! ¿los has jugado en el camino?

—¡Y los he perdido!

—¿Con qué no tienes mas que los ducados que has de prometer á ese hombre?

—Nada mas.

—Mala moneda, por cierto; pero ¿qué librote es ese?

—Eso es lo que yo mismo me pregunto.

—Pero tú lo has visto.

—He visto sobre los pergaminos muchas rayas, muchos números, y muchas palabras que no he leído, y pintadas unas cosas, así como montañas. ¿Es algun libro magico? ¿Es un plan de batalla, de conspiración? ¿Qué es, en fin? ¡Oh! ¡si yo lo supiese!

—Pues es preciso descubrirlo.

—¿Y cómo?

—Haremos hablar al tio Pedro el leñador, que sabe mucho, que vé á muchas gentes y que no debe de tardar ya en volver con su hija María.

—¿No podrian sospechar algo?... si pudiese yo esconderme aquí, y sorprender su conversacion... ¡Oh! si, lo sabré todo, porque unos pergaminos que valen mil ducados, deben inquietar mucho á gentes tan miserables como estas, que consienten en vivir en esta zahurda... ¿Pero dónde ocultarme?

—Allá en lo alto, dijo Fortuño señalando á una especie de camaranchon. Allí guardan sus provisiones cuando las hay, pero ahora con el hambre que reina, hace tiempo que está vacío, y nadie va allí. Muchas veces he pasado ahí la noche, se duerme mal, pero se oye muy bien... Pronto, pronto, que viene el tio Pedro.

Subió ligeramente Olmedo al camaranchon, y costole no poco trabajo el entrar, por lo baja que era la abertura que le servia de puerta.

Hizo Fortuño un saludo á Olmedo, colocó despues un banco junto á la ventana, y saltando ligeramente por ella salió al campo, casi al mismo tiempo que el tio Pedro entraba en su casa fatigado, rendido de cansancio y apoyado en el brazo de María, su hija, linda y agraciada jóven.

III.

Había en el rostro del anciano leñador, tostado por el sol y la intemperie un no sé qué de noble y magestuoso que contrastaba con lo grosero de su vestido y humilde condicion.

Dejóse caer sobre un banco, y mirando dolorosamente á su hija, que se colocó á su lado, como el ángel de la resignacion, despues de un rato de silencio:

—Si, pobre hija, la dijo, no nos sucederian todas estas desgracias si estuviese Alvaro con nosotros.

—¿Y de qué serviria su trabajo? Padre mio, hoy todos los habitantes de Asturias son tan pobres, que se sirven á si mismos.

—Tal vez, si hubiese podido llegar antes á la aldea hubiese vendido la leña, pero soy muy viejo, no puedo con la carga, camino arrastrando y no llego á tiempo. ¡Despues de un día de trabajo y fatiga vuelvo á casa sin un pedazo de pan que dar á mi hija!

—Martin va á venir como todas las noches.

—¿Martín!... Si, Martín, eso aumenta mas mi pesar.

—¿Y por qué, padre mio?

—¿Por qué? Porque es humillante para mí el ver que hace un mes es el que nos alimenta. ¿Y cuándo podremos pagárselo? Martín, un extraño que hace dos años jamás habíamos visto, un trabajador de las minas á quien tomamos la mitad de su corta ración, que les dan en este tiempo de hambre. Y sin embargo, él nos la trae generosamente, porque es bueno, porque ha comprendido sin duda que soy un padre incapaz de alimentar á mi hija, y ha tenido compasion de tí... ¡Compasion! añadió despues con desesperacion. ¡A menos que no sea el amor, lo que seria aun peor!

—Jamás me lo ha dicho.

—Y aun cuando te amase, ¡es tan natural amar! y aun cuando te lo hubiese dicho: ¡casi tiene un derecho, él te mantiene!

—¿Padre mio!... exclamó ruborizándose María.

—Es cruel; pero es menester refusar. El hambre es menos padecimiento que la humillacion.

—Yo hoy no tengo hambre; ¡pero y vos, padre mio?

—No pienses en mí, mañana al amanecer saldré á buscar pan, aunque tenga que mendigar.

Rehusaremos desde hoy su socorro.

—Ya no vendrá hoy sin duda. Es demasiado tarde.

En aquel mismo instante se presentó en la puerta de la casa Martín con una gran calabaza y un pan negro debajo del brazo.

—Os encuentro al fin, dijo saludándolos. ¿Y Alvaro?

—No hay noticias suyas.

—¡Volverá mañana, tio Pedro!

—Eso me dices todos los días.

Martín colocó la calabaza y el pan en la mesa, junto á la que se hallaba sentado el leñador, y le dijo:

—Mucho habeis tardado en volver, y temia tener que cenar solo.

Viendo que María, apoyada sobre una silla, no se aproximaba á la mesa, corrió hacia ella, y cogiéndola la mano:

—¿Qué teneis, María? la dijo, ¡cuán pálida estais!

—Nada... no tengo nada...

—Que Dios os libre de los pesares que me ocultais. ¡Eh!

tio Pedro, ¿qué haceis que no partís el pan todavía?.....

Levantóse Pedro y fuese á sentar en un banco mas lejos de la mesa.

—Gracias, Martin, ya lo ves, acabamos de llegar de la aldea y hemos cenado allí.

—Tanto peor, dijo Martin dudando, porque casualmente traigo hoy un vino muy rico, regalo del abad de Arbas, á quien he tenido ocasion de hacer un favor, y venia yo muy alegre con dividirlo con vosotros... no me quitareis esta alegría, tio Pedro... Ademas, desde que habeis comido en la aldea habeis tenido que andar dos buenas leguas para llegar aquí... y sobre todo, en estos tiempos de hambre, como no se está seguro de comer al dia siguiente, no es malo llevar una comida adelantada. Y al mismo tiempo presentaba el pan y el vino á Pedro, que lo rechazaba, y notando la sorpresa que su accion causaba á Martin, le dijo:

—Yo no acepto esta noche, Martin, porque en estos tiempos de hambre, es preciso que no se coma uno la racion de otro cuando ya se comió la suya.

—El hambre y la miseria cesarán, dijo Martin, cuando derroquemos á don Pedro y sus malditos satélites.

—¿Quién lo ha de derrocar? preguntó Pedro.

—Enrique de Trastamara.

—Si vive aun, replicó Pedro. Y para llegar á eso tendriamos que pasar por la muerte y la guerra civil. No la desees, Martin.

—¿Qué no la desee! Tú no piensas en el dia de la venganza, en el que venga Enrique á libertar á Castilla y reanimar el cadáver de estas provincias del Norte: en que Enrique derribe á esos traidores enriquecidos con la sangre de los pueblos, arroje del trono al cruel tirano y venga la muerte de sus hermanos, de sus amigos, y sobre todo la de su madre Leonor, asesinada traidoramente por Gutierre Fernandez de Toledo, que debia protegerla, y cuya muerte fué el principio y señal de tantas otras.

—Gutierre Fernandez de Toledo ha muerto, dijo lleno de turbacion el tio Pedro.

—¿Quién sabe? No hay ninguna prueba de ello, contestó Martin. Hay infames que sobreviven á sus remordimientos.

—Pero Gutierrez Fernandez de Toledo ha sido falsamente acusado: doña Leonor fué asesinada por un desconocido que huyó, cuando él se hallaba gravemente enfermo en cama, contestó con la mayor tristeza el tio Pedro.

—Oh, ese es un cuento amañado, como lo es tambien el haber sido aparentemente perseguido por don Pedro para evitar que el mundo le acusase de participacion en tan horrendo crimen.

El tio Pedro vaciló, y tambaleándose como un hombre embriagado vino á caer desmayado sobre el banco. Acudieron inmediatamente á sostenerle en sus brazos Martin y Maria. Esta, sin poder contenerse y olvidando todo disimulo, exclamó:

—¡Oh, el hambre le mata!

—¡El hambre! repitió sorprendido Martin.

El tio Pedro, al oir estas palabras, que revelaban el secreto de su necesidad, que poco antes habia tratado de ocultar, volviendo en sí con voz desfallecida, dijo:

—No, hijos míos, no, estoy mejor.

—¡Es hambre, Martin, es hambre! yo lo sé, exclamó con impetu Maria, y arrojándose al mismo tiempo en los brazos

de su padre, añadió: perdonadme el desmentiros, pero yo no puedo veros sufrir así.

—¡El hambre! Y me acababais de decir ahora mismo que... Pedro, jamás me habeis creído vuestro amigo.

—Sí, Martin, si... pero cada dia nos traes tu comida, y ya hace cerca de un mes...

—No he contado los dias.

—Lo sé, pero nosotros sí... Por que...

Interrumpiéndole bruscamente Martin, exclamó:

—¿Y cuándo hace dos años vine yo estenuado de fatiga, muerto de hambre, á caer desfallecido á la puerta de tu cabaña, pesaste tú el pan que me diste? ¿Has contado las horas que velaste á la cabecera de mi lecho para socorrerme?

—¡Ví un pobre jóven que se moria!

—¡Cosa triste, en verdad, era! ¿Pero crees tú que no es tambien horroroso ver una linda jóven, enflaquecida por la miseria... una jóven tan buena, Maria, Maria, en fin, á quien amo? Si, puedo decirlo ahora, porque me voy á marchar.

—¡Vais á marcharos! exclamó vivamente interrumpiéndole Maria.

—Si, y por la vez última vengo aquí, en donde he hallado amistad y reposo, donde no esperaba encontrar un pesar.

—¿Un pesar, Martin? dijo Maria.

—Si, Maria, un pesar horrible; porque si yo venia aquí ni era por ayudaros ni por pagar mi deuda, toda mi sangre no hubiera bastado para esto... venia por que... ¿lo sé yo mismo acaso?... Venia por que me arrastraba aquí el corazon, llegaba feliz sin pensar en nada y veo que vosotros jamás me habeis recibido lo mismo, y esto me hace mal, horriblemente mal. Al mismo tiempo se dejó caer abatido sobre un banco.

—¡Pobre Martin! exclamó Maria.

Al mismo tiempo el tio Pedro se levantó con lágrimas en los ojos, cogió la mano de Martin, la llevó afectuosamente sobre su pecho y le pidió que le perdonase, hallándose pronto á dividir con él los comestibles que habia traído. Cogió la calabaza, vertió vino en los vasos y ofreciendo uno á Martin, le dijo:

—Vamos, bebamos como buenos castellanos al triunfo de Enrique de Trastamara.

—Al triunfo de Enrique... exclamó con calor levantándose Martin. ¡Sea!...

El tio Pedro, dando un vaso á Maria y otro á Martin, les dijo, chocando el suyo con el de ellos:

—Todo está olvidado. ¡Al triunfo de Enrique!

—Si, bien, Pedro, dijo Martin estrechando su mano: tal vez este brindis le traerá la suerte.

Los tres apuraron su vaso.

Después de haber bebido, al recoger Martin el vaso de Maria, le dijo esta lanzándole una espresiva mirada:

—¿Con qué os vais á marchar?

—Si, Maria, pero volveré mas feliz tal vez.

El tio Pedro, pensando en su hijo, separó un poco de vino y un pedazo de pan diciendo entre sí: ¡tal vez querrá Dios que vuelva hoy!

Escuchó el cielo sus deseos, porque oyéndose ruido fuera de la puerta, salieron al campo Martin y Maria á ver quien era, y á pocos momentos entraron con un jóven en

cuyo rostro se veía pintado el cansancio, la debilidad y el abatimiento.

El tío Pedro reconoció en él á su hijo, trató de sobreponerse para ocultar su debilidad y alegría, queriendo reprimirle y manifestarle su disgusto. Enjugó prontamente las lágrimas que humedecían sus ojos, y afectando un tono severo cuando se llegó á abrazarle, le dijo:

—Has pensado al fin que no debías dejar á tu padre en la duda de tu muerte... gracias, hijo... ¿cuándo vuelves á marcharte?

—¡Padre!

—¿Qué has hecho hace un mes?

—He sufrido mucho... contestó Alvaro sentándose, porque apenas podía sostenerse en pie.

—Harás bien en volverte á marchar al momento; porque aquí tambien se sufre: tus penas y las nuestras, la carga sería doble.

—¡No me habéis así, padre mío!

—Tranquilízate... el anciano no estará aquí siempre... y cuando vuelvas un día, encontrarás á tu pobre hermana llorando abandonada, oírás suspiros, sollozos, pero no la voz del viejo que se queja y siempre riñe... ¡el viejo se habrá muerto!...

—¡Padre mío, por Dios!

—Sí, muerto, Alvaro... dijo el anciano acercándose á su hijo, porque si me ves vivo á estas horas lo debo á Martín, que es bueno y generoso.

Hizo un gesto queriendo imponerle silencio Martín, pero el anciano continuó:

—Esa es la verdad, Martín, y sin el pedazo de pan que nos trae todos los días, hubiéramos muerto de hambre ella y yo. Yo te doy gracias, Martín... no por mí, sino por ella, que es demasiado joven aun para morir. No me avergüenzo... no nos avergonzamos. Tú has cumplido el deber que debía cumplir mi hijo... él no se avergüenza, no, mirale, no tiene corazon...

—¡Por compasión, padre mío, no me digais eso!

—No, no tienes corazon, continuó animándose cada vez mas el anciano, no tiene corazon el que deja llorar y sufrir así á su hermana; no tiene corazon el que no trabaja para mantenerla, y que anda vagando por los pueblos; es un holgazán, sin cuidarse de nada.

—¡Padre, tanta humillación!

—¡En fin, cómo vives, cuáles son tus recursos, eres un mendigo ó un malvado!

Y al decir esto le volvió la espalda, no sin haber dicho por lo bajo á Martín á tiempo de marcharse:

—No estoy tan enfadado como creéis, estoy muy contento por haberle vuelto á ver!

Y despues llamó á su hija María para que le acompañase.

Queláronse solos Alvaro y Martín, admiraba éste la bondad del anciano y la resignación del joven. Veía en ella oculta alguna cosa extraordinaria. Acercóse á Alvaro, que se habia quedado como absorto y ensimismado, y tocándole ligeramente en la espalda, le dijo:

—Alvaro.

Volvió éste en sí cual si despertase de un sueño, y le contestó:

—¡Ah! eres tú, Martín... ¿qué quieres?

—Alvaro, tú tienes en el corazon gran valor, y en tu cabeza un gran proyecto.

Levantóse de pronto Alvaro, exclamando:

—¿Quién te lo ha dicho?

—Lo he adivinado.

—Martín, contestó Alvaro mirándole fijamente, tú que has adivinado eso, no eres un trabajador de las minas como los demas.

—Tal vez tenga yo tambien en la cabeza un gran proyecto.

—¿Qué quieres tú hacer?...

—Vengar mi país y libertarle... ¿y tú?

—Enriquecerlo.

—¿Quieres cambiar nuestros secretos?

—De muy buena gana, porque necesito confiar el mío... escucha: va avanzando la noche, dentro de una hora nadie podrá incomodarnos. María y su padre estarán dormidos, dentro de una hora volveré...

Apretáronse cordialmente la mano, marchóse Martín á quien Alvaro al salir por la puerta le dijo:

—¡Dentro de una hora!

IV.

Larga le parecia una hora á Alvaro, y sin embargo, habia aguardado muchos años... apurado se hallaba su valor con sus últimos padecimientos, y entristecida su alma con la sensible escena que acababa de pasar con su padre. María, la bella y buena María, apenas habia dejado tranquilo á su padre en su cuarto, habia vuelto á buscar á su hermano. Estaba tan contenta con su vuelta, deseaba tanto hablar con él, que bajó á buscarle. Al verla éste la abrazó y la pidió perdón de los disgustos que ocasionaba su ausencia.

—Sí, María, la decía: es infame el hermano que no es el sosten de su hermana, y sin embargo, no soy ni un vago ni un holgazán; yo puedo... quiero probártelo, María, porque quiero que no me culpes. Os he dejado carecer de pan, y quiero que al fin sepas por qué. Hace dos años, María, que guardo en mi corazon un sueño, una ambición que hoy voy á revelarte... jamás he podido confiarle á mi padre; hay en su vida pasada, hermana, un secreto que no le dejaría aprobar un proyecto que debe acercarme á las ciudades, á los poderosos, á el rey mismo tal vez, pero puedo decirlo todo á ti, que serás discreta.

—Te he adivinado, hermano, dijo María.

—No, hermana.

—¡Oh! sí, tú conspiras en favor de Enrique de Trastámara.

—No puedo hacerlo... el triunfo de Enrique sería tal vez funesto á mi padre.

—¿Por qué?

—Mas tarde lo sabrás, algun día... escúchame...

María, cogiendo un escabel se sentó al lado de su hermano.

—Conspiro, le dijo éste, contra el mas grande enemigo de mi país...

—No conozco mas que uno, dijo María, el rey...

—A ese... sus vicios le matarán temprano ó tarde, conspira contra otro mas fuerte y terrible.

—¿Cuál?

—La miseria, de donde viene el hambre y la peste.

—No te comprendo.

—Desde que hemos llegado aquí, mi padre ha adquirido su sustento gastando sus fuerzas cortando leña en los montes y vendiéndola en los pueblos vecinos; yo he entrado algunas veces con los trabajadores en las minas de hierro, pero he adivinado que estos montes contenían otras riquezas. No me creas insensato, hermana... he subido á las montañas, y para esto he necesitado años enteros, durante los cuales he caminado sobre rocas escarpadas, al borde de terribles precipicios, marchando ó arrastrándome á las puntas de las rocas, vacilando suspendido sobre abismos... tan pronto rechazado por los vientos, ó helado por el frío... bajando cuando el hambre me arrastraba, y volviendo siempre cuando el valor parecía desafiarme y llamarme desde lo alto de la montaña; en fin, después de cinco años de luchas y combates, no como el soldado contra un enemigo que le ataca, sino contra los elementos que hacen pedazos á un hombre como á un ligero insecto... Solo, sin esperanza de socorro, sin la esperanza de vencer, cien veces he luchado contra una muerte cierta. ¿Crees tú ahora, María, que Alvaro sea un vago?

—¡Alvaro! exclamó cortada María.

—En fin, Dios me ha guiado, porque llegué hasta la mas alta cúspide de la montaña, y cuando estuve allí vi las nubes debajo de mí, y sobre las nubes los montes de Oviedo; me ví cerca del Eterno... Sí, desde lo alto de las montañas vi todo el país y la mar, me arrodille delante de Dios, y gasté tres días en bajar lo que me había costado años el subir. Entonces deslumbrado, loco, quebrantado, llegué hasta aquí; llegué fatigado, moribundo, y cuando me socorriais y tratábais de reanimar mis helados miembros, oí á mi padre que te decía: he ahí los efectos de la vagancia y de la holgazanería.

—¿Por qué no le decias lo que era?

—Imposible, hermana, no podía decirselo; un año ha pasado desde entonces, durante el cual veinte veces he vuelto á hacer el camino que tanto me costó encontrar, y he visto en la montaña simas inmensas protegidas por peñascos, sobre los que pasan torrentes; he visto en su fondo una riqueza inmensa, he encontrado el oro; he estudiado la montaña, hermana, he sondeado su profundidad, he medido su altura, y todo esto, hermana, lo he escrito aquí, y al mismo tiempo sacó un rollo de pergamino del bolsillo de su capa, lo estendió, y señalando con el dedo continuó: esta es la montaña, estos los peligros, estos los medios, estos los recursos. ¡Oh! cuándo tú puedas leerlo, verás qué riqueza inmensa, cómo con dos años de trabajo en este país, donde tantos miles mueren de miseria, habría una gran riqueza. Para llamarlos á este trabajo ¿tú no concibes, hermana, que se necesita una voz mas fuerte que la mía?

—¿Y entonces?

—He ido á Leon, donde ahora se halla la corte del rey don Pedro, y después de muchos días de perseverancia he podido hacer entregar este libro al ministro Samuel Levi, ese rico y opulento judío. El podía mandar comenzar los trabajos, y al mismo tiempo haber hecho poderoso á don Pedro, que tan falto está hoy de recursos. Pues bien, hermana, no me ha comprendido, me ha hecho arrojar ignominiosamente como un mendigo, y desesperado entonces he permanecido tres días sin comer, tres noches sin dormir para volver aquí. Conoce ahora, hermana, por qué

cuando mi padre me decía hace poco ¿qué has hecho hace un mes? le contestaba: he sufrido mucho.

—¿No te han comprendido?

—No, hermana, contestó guardando otra vez los pergaminos en el bolsillo de la capa, si me hubiesen comprendido hubieran reunido algunos centenares de hombres, que yo mismo hubiera conducido á la cumbre del monte, y allí á cada golpe del pico y del azadon, hubiera brotado el oro. Asturias fuera rica, el reino todo poderoso, y don Pedro tendría con que pagar sus tropas, mantener sus escuadras y aplacar los descontentos, cuyo mas poderoso auxiliar es el hambre y la miseria pública. Castilla seria respetada, porque seria grande y fuerte. ¿Y qué pediría el pobre obrero que ha concebido todo esto?... Nada, nada, ó tal vez por causa tuya, un ochavo por cada marco de oro con que se enriqueciese el tesoro real; si, ese ochavo, María, me haria bastante rico para darte como á la mas opulenta rica-hembra de Castilla, para hacer olvidar á mi padre su miseria de hoy; seríamos, en fin, ricos, pero...

Desfallecia por momentos la voz de Alvaro. Asustada su hermana llegóse á él para sostenerle, porque se hallaba á punto de desmayarse.

—¿Qué tienes, hermano?

—Sufro horriblemente, hermana, ¿qué cosa tan horrible es el hambre! No digas nada á mi padre, porque no podría confiarle nada. Me abrasa la sed... ¡Agua, María, agua!

María cogió un vaso, lo llenó del vino que el padre previsoramente habia guardado para su hijo, y después de haber bebido:

—Gracias, hermana mia, gracias... pero ¿de dónde me viene este socorro?

—Mi padre lo habia guardado para tí.

—No estaba entonces irritado conmigo... bendito sea Dios, vamos á besar su mano antes de entregarme al sueño de que tanto necesita mi desfallecido cuerpo.

—Aguarda, dijo María procurando detenerle, me habia prohibido decírtelo... no importa, le diré que no he tenido fuerza para callártelo. Vamos, Alvaro.

Y ambos hermanos, agarrados del brazo, subieron ligeramente la escalera del cuarto donde se hallaba descansando el anciano.

V.

Apenas habian desaparecido, cuando abriéndose la puerta del camaranchon se presentó Olmedo, pálido, agitado, vacilante, y bajó al portal asombrado con lo que habia oido del secreto que contenian los pergaminos.

En aquel mismo momento Fortuño, asomando la cabeza por la ventana, por la que se disponia á saltar, le dijo:

—¡Hola! Olmedo, ¿sabes ya lo que contenia el librote?

—Sí, Fortuño, y dió un salto y entró por la ventana.

—¿Vale los mil ducados? preguntó.

—Vale cien millones.

—¡Cien millones!

—Es un mundo.

—¿Y cómo lo comprarás?

—Esas cosas, Fortuño, es preciso para poseerlas haberlas inventado ó robarlas.

—¿Y tú quieres robarlas?

—¡Silencio!



—¿Dónde guarda el librote?

—En el bolsillo de su capa.

—Difícil es cogerlo.

—¿Se puede entrar aquí por la noche?

—Fácilmente, la puerta encaja mal y las ventanas no cierran.

—Ven, Fortuño, que no nos hallen aquí.

—¿Tú quieres volver aquí?

—Sí, quiero volver, y vas á comprenderme, sigueme.

En aquel mismo momento se oyó el ruido de Alvaro que iba á salir de la estancia de su padre. Los dos aventureros saltaron ligeramente por la ventana y desaparecieron.

Bajaron los dos hermanos satisfechos de haber visto desenojado á su padre. Compuso María con una estera y un poco de paja, poniendo por cabecera un escabel, una cama para su fatigado hermano, y echándole encima su capa para abrigarle despues de haberle abrazado y arreglado una lámpara que alumbraba una grosera imagen de la madre del Salvador del mundo, que habia en un nicho en la pared, y orado un momento devotamente ante ella, se retiró á descansar fatigada de las emociones de aquel día.

Alvaro, rendido, fatigado, se entregó al sueño y quedó profundamente dormido. Tres noches hacia que sus párpados no se habían cerrado. Así, mas que en un sueño cayó en un profundo letargo.

Apenas habia pasado media hora, cuando Martin, empujando la puerta, entró con la mayor precaucion y sin hacer ruido.

—¿Dónde está Alvaro? dijo mirando á todas partes. Viólo tendido en el suelo profundamente dormido. Habia adivinado en él uno de esos hombres de valor y de corazon que necesitaba, y queria asociarlo á su fortuna, á la empresa que meditaba. Llamóle dos veces, pero en vano, cogiéndole del brazo para hacerle despertar, pero tampoco logró nada.

Ocupado estaba en despertar á Alvaro, cuando Jimenez llegó corriendo y le dijo:

—¡Martin! alabado sea Dios, que al fin os encuentro aquí.

—¿Qué hay?

—Os ha vendido Azo-Pardo.

—¡Vendido!

—Toda la guarnicion de Gijón está alerta; han cercado las minas, y van á bajar los soldados á registrarlas, y si la casualidad no hubiera hecho que os halláseis fuera de ellas, os prendian indudablemente. Se ha descubierto nuestro plan.

—¡Vendido! Perdido!...

—Es preciso que os apresureis á ganar el valle de Arbas para reuniros con los soldados y partidarios que os ha ganado el abad de Arbas.

—Van á interceptar sin duda todos los caminos.

—En efecto: se ha dado orden de detener á todos los trabajadores de las minas; pero no tengais cuidado, tomad esta espada, este puñal, que Alvaro se arme tambien, y reunidos los tres y decididos á morir nos abriremos paso tal vez... Es preciso despertar á Alvaro.

—¡Detente!

—¿No me habiais dicho que queriais confiaros á él?

—Sí, lo queria cuando tenia probabilidad de vencer en mi empresa, pero al presente tengo probabilidad de morir

en ella, y no quiero perder á mis amigos... ni á él ni á tí, Jimenez. Ademas no seríamos bastante fuertes, y podremos ser bastante astutos tal vez; al contrario, separémonos... tú vete á Leon, donde tienes una cita, yo llegaré tal vez al monasterio de Arbas.

—Pero vais perdido con ese trage.

—Cuando fué preciso para salvarme lo adopte... lo abandonaré ahora que puede perderme.

Y al mismo tiempo se quitó listamente su ropilla de trabajador de las minas.

—Pero con eso y todo, príncipe mio, parecéis todavía un minero.

—¡Ah! verdad es... ¿Y qué haremos? Esa capa de Alvaro, esa gorra.

Y al mismo tiempo Jimenez ponía la capa sobre sus hombros y el gorro sobre su cabeza, y arrojaba los vestidos de Martin en un rincon de la cabaña.

—Llévate esos vestidos, continuó diciendo, arrójalos en cualquier barranco... porque si los encuentran aquí mañana cuando vengan á registrar esta cabaña, comprometerian á la familia del tío Pedro... Adios, Jimenez...

—¡Dios vele sobre vuestra vida, príncipe mio!

—Jimenez de Sandoval, noble castellano que has perdido tu fortuna por servir mi causa, y que vas ahora á escitar un tumulto en Leon casi á la vista del rey don Pedro, la maza de sus ballesteros ó el hacha de sus verdugos puede alcanzarte como á mí las flechas de sus arqueros... el hacha ó las flechas nos impedirán tal vez volvernos á ver mas tarde... antes de separarnos dame tu mano.

Jimenez se arrojó en sus brazos exclamando, ¡príncipe mio!...

Permanecieron abrazados un corto instante, y desasiéndose de los brazos de su fiel amigo:

—Ahora, noche decisiva, dijo Martin, rodéanos con tu oscuridad... Adios.

Volvieron aun otra vez á abrazarse. Salieron por la puerta que dejaron abierta, y cada uno de los dos tomó por diferente camino.

VI.

Reinaba en la cabaña el mas profundo silencio. Solo se oia el fuerte ronquido de Alvaro, cuyo sueño parecia agitado por una penosa pesadilla.

Abrióse la ventana, cuyas puertas mal encajadas dejaron ver una cabeza que miraba con atencion si habia alguien en la estancia. Un momento despues entró un hombre por la ventana. Era Fortuño, que sacudiendo su gorra llena de nieve se aproximó de puntillas á donde estaba Alvaro roncando, para apoderarse de su capa.

—Olmedo, decia entre sí, va á venir y quiere sin duda vender bien estos famosos pergaminos á Samuel Leví. Hay un proverbio que dice que el que roba á un ladrón gana cien dias de perdon. Tambien recuerdo que el cura de la parroquia nos dice continuamente que la caridad bien ordenada empieza por sí mismo... ¿Dónde estará esta maldita capa? y comenzó á escudriñar por todos los rincones de la cabaña.

Oyó de pronto un ruido hacia la puerta y quiso huir, preparándose á saltar por la ventana, cuando se volvió de pronto al escuchar que le llamaban por su nombre.

Era Olmedo, que entrando le llamaba en voz baja y le decía :

—Ven.

—¿Y los pergaminos?

Enseñóselos Olmedo diciéndole: aquí los tengo.

Acercóse rápidamente á la lámpara que alumbraba la imagen de la Virgen, recorrió ligeramente los pergaminos, y respirando cual un hombre que se ve libre de un terrible peso, exclamó alegre:

—No, estos son... reconozco bien el manuscrito, si, el



Hizo encender en el centro de la mina una inmensa hoguera que iluminó aquellos oscuros subterráneos.

—¡Imposible! contestó asombrado Fortuño.

—Míralos, aquí están. Llegué á tiempo, ya se volvía á marchar Alvaro... le he visto pasar por el camino de Arbas y le he tendido en tierra de una puñalada.

—¡Alvaro! pues si está aquí.

Al verle Olmedo aterrado exclamó:

—¡Gran Dios! ¿á quién he herido yo entonces?... me habré engañado; veamos...

mismo es... lo tengo. ¿A quién lo había confiado, pues?... no importa: ya es mío.

—Pero mañana lo reclamará Alvaro, dijo Fortuño desenvainando su puñal, y creo que es preciso...

—No, respondió conteniendo su mano Olmedo, y enseñándole los pergaminos, sería una muerte peligrosa para nosotros... y ahora inútil. Samuel se encargará de libertarnos de este hombre. Quiero que Samuel sea mi cómplice.

—¿Y vas á venderle esos pergaminos al judío?
 —¡Oh! tenemos una cuenta muy larga que ajustar los dos, y tú entrarás á la parte. Toma el camino de Leon, pronto.
 —¿Y tú?
 —Yo tomaré el de Valladolid, donde estará ahora el rey don Pedro; es preciso que yo vea al rey.
 —¿Qué quieres hacer?
 —Lo sabrás, si salgo bien.
 —¿Vendrás despues á Leon?
 —Estaré allí tan pronto como tú.
 —Pero dime, ¿el pergamino?...
 —Al diablo con tantas preguntas, contestó impaciente Olmedo, nada tenemos ya que hacer aquí, vámonos, Fortuño.

A la salida de Olmedo y de Fortuño, Alvaro hizo un movimiento de sonambulismo que le hizo incorporarse, pero inmediatamente despues dejó caerle otra vez sobre su lecho. Salieron aquellos y cerraron la puerta de la cabaña.

VII.

María no habia podido dormir: todo lo que su hermano la habia dicho pasaba por su agitada imaginacion. Su hermano habia concebido un gran proyecto, y ella no habia adivinado ni su valor, ni su generosidad ni su genio. Aquel pobre obrero habia encontrado riquezas inmensas y dormia agitado en un rincon de la cabaña de su padre. María bajó á ver si descansaba. Hallóle durmiendo, pero una agitacion terrible se revelaba en los contraidos músculos de su rostro. Palabras inconexas se escapaban de sus agitados labios. Un terrible ensueño oprimia su corazon. Sacudióle vivamente su hermana del brazo para despertarle. Despertóse sobresaltado, empero se tranquilizó luego al ver á María á su lado.

—Gracias, María, la dijo, padecia horriblemente... y al mismo tiempo se levantó... Me pareció, continuó diciendo, mirando á todas partes, que habian entrado unos hombres y que me robaban ese trabajo que me habia costado tantas penas: oía el zumbido de sus voces y el ruido de sus pasos, y no podia ni verlos ni cogerlos... me parecia que la pesadez del sueño me tenia clavado en mi cama.

—¿Debias padecer mucho?

—Muchísimo, hermana.

—No era mas que un sueño.

—Si, felizmente, contestó sonriendo Alvaro, pero tal vez sea un aviso del cielo... mi trabajo lo han visto en Leon, ha pasado por muchas manos, empero, añadió despues con dolor, ninguno lo ha comprendido sin duda... no importa, creo que es imprudente llevarlo conmigo siempre... quiero ocultarlo aquí hasta que llegue el dia de servirme de él.

—Si, Alvaro, piensa que es un tesoro, ¿quieres que te lo guarde?

—Iba á dártelo.

—Venga, yo lo ocultaré bien.

—Tómalo; pero ¿dónde está mi capa? Yo te la he dado, hermana, cuando he venido aquí.

—Si, y yo te la he echado encima cuando dormías.

—¿Dónde está? dijo Alvaro mirando sobre la estera que le habia servido de cama.

—Aquí estaba... aquí estaba, contestó llena de terror María.

—Espera, espera, no te alteres, ya la encontraremos... siempre sucede eso: cuando se busca una cosa nunca parece de pronto... pero calla, no la veo... no parece.

—¿Dónde estará?

—Acuérdate bien, hermana, donde la has puesto.

—Estoy bien segura que la he puesto aquí, que te la he echado encima cuando te habias acostado.

En vano buscó por todas partes. En vano María registro todos los rincones. Abrió la ventana y lanzó un terrible grito.

—¿Qué tienes, María? dijo corriendo hácia ella su hermano.

—Hay nieve por todas partes y se ven pisadas que salen de esta ventana.

Asomóse á ella Alvaro, y viendo las huellas marcadas en la nieve, volvióse á su hermana diciendo:

—Alguien ha entrado por aquí.

Despues aterrado preguntó otra vez:

—¿Hermana, has encontrado mi capa?

—No está aquí, Alvaro!

—¿Me han robado!

—¿Robado!

—Si, hermana... no era un sueño, y no podia gritar.

Echóse á llorar María exclamando: ¡Dios nos ha abandonado!

—Si, María, si... y despues de un momento de silencio continuó: No, no, tranquilízate... no llores así. ¡Me han robado! Temia que los hombres no comprendiesen mi pensamiento; pero lo comprenden, pues que han venido desde Leon para arrancármelo, pues que han arriesgado su vida para apoderarse de él; sin este sueño que la fatiga ha hecho tan pesado como la muerte, yo hubiera ahogado al ladrón, y el ladrón no hubiera andado tanto, si no hubiera visto en mi libro una esperanza de gloria y de fortuna. Si hasta ahora no me he atrevido á presentarme al rey don Pedro, ahora iré á buscarlo, le esperaré á su salida de palacio, y me arrojaré á sus pies y le gritaré: señor, yo he hecho todo eso; ¡justicia contra los que me han robado! Quiero llegar á Leon, á Valladolid, á donde esté el rey, al mismo tiempo que los ladrones.

—¿Quieres ya marcharte? dijo con doloroso acento María.

—¿No comprendes que es indispensable?

—¿Pero cómo vivirás hasta allí?

—Mendigaré, si es preciso, ¡adios, hermana!

—La noche está horrorosa, dijo María procurando detenerle.

—¡Oh! déjame marchar... dijo Alvaro, porque los que han robado la obra querrán tal vez destruir al creador... y aquí volverán tal vez á buscarme para asesinarle, déjame huir!

Abrazáronse tiernamente. María lloraba en los brazos de su hermano.

—¡Adios!... tú consolarás á mi padre. No me detengas, María, porque pueden volver de un momento á otro á asesinarme, y yo no quiero morir, y tú no quieres que muera, ¿no es verdad?

Arrancóse de sus brazos y salió corriendo por la puerta al campo. La noche estaba muy oscura, caian grandes y abundantes copos de nieve. María, que habia procurado seguirle con la vista, lo vió desaparecer en breves instantes. Anegada en llanto, corrió á postrarse de rodillas ante la

imagen de la madre santa del Redentor del mundo, pidiéndole fervorosamente dirigiese los pasos de su desgraciado hermano y consolase la aflicción en que se hallaba sumida su familia.

En esta misma noche las tropas del rey don Pedro guardaban vigilantes las puertas y muros de Gijón; habían ocupado todos los caminos que conducían á las minas, y el capitán Azo-Pardo, que había fingido en un principio favorecer la conspiración que se tramaba en favor de Enrique de Trastámara, y en la que se creía tomaban parte los mineros entre quienes había vivido oculto mucho tiempo este príncipe, penetraba en las minas para apoderarse de su persona y entregarlo á la venganza del rey don Pedro. En vano recorrió los vastos subterráneos de la mina. En vano para iluminar sus más recónditos rincones, hizo encender en su centro una inmensa hoguera, que reflejando sus resplandores iluminó aquellos oscuros subterráneos. En vano examinó uno por uno á los mineros. Uno solo faltaba, el minero Martín.

El capitán Azo-Pardo salió descontento de la mina sin lograr su objeto.

El futuro rey de Castilla, Enrique de Trastámara, se había salvado.

VIII.

En una estancia del palacio de Leon se hallaba sentado junto á una mesa cubierta con un rico tapete de grana galoneado de oro y con las armas de Castilla y de Leon, bordadas de realce, un hombre de baja estatura, pero cuya ancha frente y penetrantes ojos, revelaban la astucia y el genio. Aquel hombre, cuya nariz encorvada revelaba el tipo característico de su raza, era Samuel Leví, el ministro, el tesorero y el médico del rey. Era aquel judío uno de los más opulentos hombres de Castilla, objeto de la execración de los pueblos, que lo miraban como el alma condenada de don Pedro. Habíalo tenido el rey hasta entonces como un instrumento de sus crueldades, pero envidioso de los grandes caudales que había juntado, revolvía ya en su imaginación el avaro don Pedro los medios de apoderarse de ellos. Hallábase ya condenado en el corazón del rey. El astuto judío, en la previsión de una próxima desgracia, había comenzado á ocultar gran parte de sus tesoros. El rey se había apercibido de ello y trataba de apresurar su ruina.

Había dejado al ministro en Leon y había marchado solo á Valladolid; esta ausencia inspiraba serios temores á Samuel Leví. Conocía demasiado bien el carácter doble y astuto de don Pedro. Era preciso echar mano de grandes recursos para sostenerse en su vacilante favor y evitar su ruina. En esto meditaba leyendo el mensaje en que el capitán Azo-Pardo le había revelado la conspiración que en Asturias debía excitar Enrique de Trastámara, que oculto en aquellas montañas contaba con numerosos partidarios. La conspiración descubierta no era un título bastante para sostenerle en el poder, porque Enrique de Trastámara se había salvado. Su esperanza toda se cifraba en la vuelta de Olmedo, que debía traerle aquellos pergaminos, en que un pobre montañés le revelaba la existencia de grandes tesoros. Con ellos podía apagar la avaricia de don Pedro, con ellos podía suministrarle recursos para hacer frente á las grandes empresas que le rodeaban. Parecía imposible

que don Pedro pudiera desprenderse del hombre que le presentaba tan inesperado como poderoso auxilio. Encerrado en el salón, dedicóse al trabajo el ministro, habiendo dado orden al capitán de guardias, Fernán Pérez, de que no dejaran penetrar en él á nadie.

En una de las salas exteriores, entre las pocas gentes que aguardaban al ministro, porque aunque eran muchos los descontentos se había notado que algunos de los que allí entraban no volvían á salir, se hallaban un hombre y una joven.

Reconociéronse con asombro, dieron un grito de sorpresa, y se abrazaron afectuosamente.

—Eran Alvaro y María.

—¿Estoy soñando?, dijo Alvaro.

—No... perdóname, hermano... vuelvo á marcharme: bendito sea Dios que he vuelto á verte... no me acuses.

—¿Pero por qué has venido?

—Porque al marcharte me hablaste de que los ladrones serían tal vez tus asesinos, y te he visto alejarte sin defensa: no podía aguardar inmóvil tu vuelta. Ya lo ves, hermano, voy á marchar otra vez á consolar á mi padre, acompañada del honrado anciano vecino nuestro, que ha consentido en venir conmigo, y arrojándose de nuevo en sus brazos añadió:

—Soy una loca, una insensata... perdóname, Alvaro.

—¡Pobre hermana! una palabra mía ha bastado para comunicarte todo el terror de mi alma... Tu vista no lo destruye, pero me parece que es Dios el que, al inspirarte esos temores y esa increíble resolución, permite que pueda hablarte ahora y cumpla el deseo de confiarte una cosa aun más terrible.

—Habla, hermano, mi amor quiere participar todas tus penas.

—Al llegar aquí, acabo de saber que el rey está en Valladolid, es preciso que yo vaya á verle... pero antes de marchar, vacilo, hermana, como ya tantas veces he vacilado.

—¿Y por qué?

—¿Quieres saberlo? voy á decírtelo. Porque es preciso que tú me aconsejes, si, hermana, necesito consejo de tu corazón.

—Te escucho.

—Sobre todo aconsejame... te he dicho, hermana, continuó bajando mucho la voz, que había un secreto en la vida de mi padre, te he dicho también, que jamás me había atrevido á confiarle á él. Al saber su secreto comprendí el por qué. Mi padre era el gobernador de Talavera, el encargado de velar por la vida de doña Leonor de Guzmán, confiada á su lealtad y honradez. Doña Leonor fué traicionablemente asesinada en su prisión. Mi padre no se llamaba el tío Pedro el leñador, sino el capitán don Gutierre González de Toledo.

—¿Gutierre González de Toledo? exclamó asustada María.

—Aguarda, hermana, mi padre es inocente. El rey don Pedro, ó más bien su madre doña María, envió un asesino que aprovechando un día en que mi padre se hallaba postrado en cama con una ardiente calentura, penetró furtivamente en la prisión y mató á puñaladas á la desgraciada doña Leonor de Guzmán, y huyó sin ser visto de nadie. Don Pedro, para borrar á los ojos del mundo el baldón con que aquella sangre salpicaba su corona, condenó á muerte

á mi padre como asesino. Ayudados de algunos amigos huimos á Portugal: mi pobre madre espiró en mis brazos. Agotados allí los únicos recursos que pudimos sacar del reino, y distraída la atención con las revueltas civiles que en él ardian, nos retiramos á Asturias á una miserable cabaña donde mi padre y yo, con el trabajo de nuestras manos, hemos ganado el sustento en la humilde condicion de leñadores. En ella, encorvado bajo los mas duros trabajos para alimentarte, mi padre ha sido el leñador que llaman tio Pedro para todo el mundo, y yo tambien, hermana mía, para todo el mundo, y hasta para mi mismo padre, Alvaro el vago y el holgazán!

—¿Y yo no sabia nada!... y yo no os compadecia por todos vuestros padecimientos.

—¿Comprendes, María, por qué no he podido confiar nada á mi padre?... comprendes que hubiera tenido necesidad de decirle: medito una empresa, imposible tal vez, pero que si la llevo á cabo, ha de fijar en mí los ojos de la corte, del rey, de todos, que nos reconocieran, padre mio, y que se acordarian de que pesa sobre vuestra cabeza una sentencia de muerte.

—¿Y qué medio has hallado para salir adelante sin comprometer á nuestro padre?

—Uno que vacilo mucho tiempo en adoptar.

—¿Cuál?

—Negar á mi padre, decir á todo el mundo que soy huérfano, que jamás lo he conocido. Puedo adoptar este pensamiento sin avergonzarme y sin que me remuerda la conciencia. Porque juro á Dios, que si tanto me afano por acercarme un dia á la corte del rey don Pedro y ganar tal vez su favor, es porque estoy seguro de que él está convencido de la inocencia de mi padre, de que él sabe quien fué el asesino de la rival de su madre: yo estoy seguro de que en la corte hallaré las pruebas de la inocencia de mi padre, yo las encontraré, y justificaré su honor, tantos años hace vilmente mancillado.

—Si, hermano mio, respondió María echándose nuevamente en sus brazos, anegados sus hermosos ojos en lágrimas, sigue sin titubear, por peligroso que sea, el camino que te inspira tu corazón. Pero es preciso que mi padre lo sepa todo, que te admire y se resigne.... yo le consolaré en tu ausencia, y mientras tú, cual huérfano, te presentas en la corte del rey, yo le diré á mi padre: mira el sacrificio de Alvaro, porque espera, negándote hoy, poder decir un dia á todos: «Este es mi padre, que no se llama ya el pobre tio Pedro, sino el capitán don Gutierre Fernandez de Toledo, cuya inocencia he probado.»

—María, tú has comprendido bien mi pensamiento

Salió despues con su hermana, buscó al anciano vecino que la habia acompañado, le dió gracias por su bondad y le encomendó la llevase de nuevo á casa de su padre, y abrazándose llorando se separaron los dos hermanos.

Alvaro se dirigió otra vez á palacio á cumplir su grande y generosa mision.

IX.

Al entrar en el vestibulo de palacio, sintió que le detenian por la mano, volvióse sorprendido hácia el hombre que le detenía y que le estaba examinando con la mayor

atención. Era un hombre ricamente vestido y con traje de los empleados en palacio.

—No me engaño, no, os reconozco, sois el que habeis entregado unos pergaminos para el ministro Samuel Levi, le dijo éste.

—Si.... ¿pero á qué viene esa pregunta?

—¿A qué viene?... ¿luego no sabeis que hace doce dias que el ministro os está haciendo buscar?

—¿Qué me quiere? contestó sorprendido Alvaro.

—¿Qué os quiere?... quiere pedirlos esos pergaminos: quiere volverlos á leer, para saber con cuantos hombres podiais comenzar los trabajos en la montaña, quiere presentarlos al rey don Pedro, quiere, en fin, tener la gloria de haber ayudado al genio.

—Entonces, ¿para qué me han devuelto ese libro al arrojarme de este mismo palacio? Ahora recuerdo que fuisteis vos mismo, dijo reconociendo á Olmedo.

—Si, yo mismo, porque ignorando el valor de esos pergaminos, os tomé por un aventurero, os confundí con tantos otros que asedian é importunan á Samuel Levi, pero á las pocas horas, el rey y el ministro pedian vuestro manuscrito.... enviaban á buscarlos por todas partes para traerlos á este palacio, entonces supe, en su furor, lo que contenian vuestros pergaminos.... no lo neguéis, sus emisarios os han encontrado, y os han dirigido aqui.

—No, no, contestó con alegría Alvaro: ¿y decis que el rey mismo aprueba mis proyectos?

—Digo que vuestro libro es un talisman que os hará abrir todas las puertas de palacio.

—¿Pues hace cuatro dias que me lo han robado!

—¿Robado!... dijo fingiendo asombro Olmedo.

—Si, contestó vivamente Alvaro, pero en algunos dias puedo volverlo á copiar de nuevo, porque lo he escrito por muchos años aqui... Y al mismo tiempo se llevó la mano á su frente. Tal vez habrán entregado al rey esos pergaminos. Marcho corriendo á Valladolid á probarle que soy yo....

—Esperad, dijo Olmedo deteniéndole.... esperad, no encontrarais ya al rey, yo le precedo solamente unas cuantas leguas, traigo órdenes suyas para el ministro, mirad los soldados que van ya á aguardarle....

—En efecto, dijo Alvaro viendo las tropas y comitiva que salian á la puerta de la ciudad á recibir al rey, aguardare en la puerta de palacio, me arrojaré á sus pies y le pediré justicia y proteccion.

—Seria una imprudencia.... no sabeis que en estos tiempos de revueltas, ha habido muchas tentativas de asesinato contra el rey, y que sus ballesteros tienen orden de herir en el acto á cualquiera que intente acercarse... os matarian antes de haber podido hablar.

—¿Entonces es imposible llegar hasta él?

—No, porque yo mismo os presentaré.

—¿Cuándo?

—Tan pronto como llegue, podeis aguardarle en mi cuarto, y al mismo tiempo le dió una llave, señalándole una pequeña puerta en el vestibulo de palacio. El rey mismo ha de venir á saber la respuesta de un mensaje secreto importante que me ha encargado, yo habré anunciado al rey vuestra vuelta, y tal vez cojamos entonces al ladrón.

—¿Y á quién debo yo tanto reconocimiento?

—A un hombre á quien guia el interés, á un hombre que ha incurrido en la desgracia del rey por haberos brus-

camente despedido, y que espera recobrar su perdido favor presentándose el mismo al rey.

Abrió Olmedo la puerta del cuarto que tenía en palacios como empleado en él, y uno de los mas íntimos confidentes de Samuel Levi: hizo entrar en él á Alvaro, de quien se despidió diciéndole:

—Estad tranquilo, no aguardareis mucho tiempo; el rey debe llegar antes de dos horas. El ruido de los atambores y añafiles os advertirá su llegada.

X.

Asombrado Olmedo de la facilidad con que se engaña á un hombre honrado, y conociendo todo lo crítico de su posición, sino impedía que Alvaro, cuyo encuentro tan oportunamente le había deparado la suerte, se presentase al rey don Pedro, ó encontrase al ministro, trató de no perder un momento y jugar el todo por el todo. Sabía que tenía que habérselas con Samuel Levi, con quien la menor falta era irreparable, y con el rey don Pedro, que á vuelta de su crueldad se mostraba justiciero é inflexible con los crímenes.

Sin detenerse un momento subió precipitadamente las escaleras de palacio, llegó hasta el salon donde se hallaba encerrado Samuel Levi, sin que nadie tratase de impedir la entrada, por que todos sabían que era un confidente y un satélite del ministro judío.

Al verle entrar, se levantó Samuel diciéndole:

—¿Con que horrible impaciencia te aguardaba, Olmedo!... y bien, los pergaminos de ese montañés.

—Los tengo.

—Me he salvado.... dijo respirando fuertemente. Dame-os pronto, y tu recompensa....

—Mi recompensa.... ya la arreglaremos mas tarde.... ahora hay una cosa todavía mas urgente, porque yo no he podido tener el libro, sino atrayendo aquí al montañés.

—¿Está en Leon?

—Está.

—Es preciso que lo busquen, que me lo traigan.

—¿Qué quereis hacer?

—Darle oro, para que me descubra el autor... y con algunos escritos que yo le haré hacer y que he combinado anticipadamente lo arreglaré de tal modo, que cuando quiera reclamar algun dia nadie le crea. ¿Cuánto le has pagado?

—Hubiera sido una locura quererlos comprar, jamás los hubiera querido vender.

—¿Qué has hecho, entonces?

—Los he robado.

—¿Robado!

—¿No habeis dicho que dependía vuestra salvacion de la posesion de esos pergaminos? no he pensado mas que en salvarlos.

—Gracias, Olmedo, dijo el ministro alargándole la mano. ¿Pero cómo se encuentra ese montañés en Leon?

—Viene á pedir justicia al rey.

—Puede perdernos.

—No, las galeras del almirante Boca-Negra se hallan en uno de los puertos de Asturias, y podeis enviarle á ellas sin juzgarle.

—A galeras... tienes razon.... si, pero ¿y si vuelve mas tarde?

—Se dá órden para que no vuelva....

—Eres un hombre previsor.

Sentóse en la mesa del ministro Olmedo, cogió un pergamino, escribió en él cuatro líneas, lo alargó al ministro que estampó en él su firma y puso á su lado el sello real, dobló despues el pergamino, lo entregó á Olmedo diciéndole: ahora toma y dame el manuscrito.

—Sabeis, le dijo Olmedo, lo que hecho yo para apoderarme de él... he jugado mi vida.

—¿Quieres hablar de tu recompensa? será magnífica.

—No de mi recompensa, sino de mi parte.

—No te comprendo.

—Te lo explicaré.... ¿vais á ofrecerme oro, no es esto? y si no me contento al pronto... aumentareis la cantidad?

—¿Cuánto quieréis?

—Quiero la mitad del poder que hoy teneis en la monarquía castellana, y que os va á afirmar este gran proyecto.

—¿Luego conoces lo que contienen esos pergaminos?

—Sé que son inmensos y que bien pueden ocupar dos hombres. Sé que somos cómplices en el robo y en la muerte. En una palabra, el tiempo es precioso y será lacónico. Quiero que Castilla toda sepa dentro de algunos dias, que Samuel y Olmedo han descubierto esas riquezas que la han de hacer poderosa y aumentar las fuerzas de su rey, haciendo cesar la miseria y las calamidades que afligen el pais.

—¿Estás insensato!

—No señor... soy poseedor de un precioso manuscrito, y no os lo venderé por oro... ¡oro! he gastado veinte veces mas en mi vida que lo que podriais darme.... he saboreado y me he haviado de cuanto puede procurar el oro, amores, orgías, embriaguez, de todo me he fatigado. No conozco las emociones que procura el poder, siento hervir en mi pecho la ambicion. Puedo satisfacerla con estos pergaminos, que he robado á riesgo de mi vida, sin miedo y sin auxilio de nadie. Samuel, vengo generosamente á ofrecerlos partírlas con vos... empero por todo este palacio lleno de oro no lo venderé.

Asombrado quedó el judío. Apenas podia volver en sí.

—¿Qué!... dijo con aire desdeñoso, ¿crees tú, Olmedo, que yo consentiré asociar tu nombre al mio? ¿Olvidas que tú eres un asesino... de profesion?

—Sois mas hábil que yo... respondió friamente Olmedo. Os haceis llamar ministro, tesorero y médico del rey...

—¿Te atreverías á compararte conmigo?

—Me atrevería á deciros que hay poca distancia entre el que mata y el que hace morir... y los dos por diferentes medios hemos destruido los enemigos del rey... solo que vos sois mas cobarde y arriesgais menos, con que así decidme si quereis paz ó guerra.

Samuel, despues de un corto momento de reflexion contestó:

—Guerra.

—Haceis mal, respondió friamente Olmedo, no teneis tiempo de hacerla.

—Puedo vencer sin combatir, soy aqui omnipotente durante la ausencia del rey.

—Vencer... seria vencido si me hubieseis cogido estos pergaminos... y para tenerlos he matado á un hombre.

—¿Y si yo te hiciese matar á ti á mi vez?

—¿Para hacerme matar, de qué me acusariais?

—De haberme desobedecido.

